

MÁS ALLÁ DEL DIVÁN
Apuntes sobre la psicopatología
de la civilización burguesa

* * *

OTTO GROSS



irrecuperables

fuera de colección 1

CopyLeft: **irrecuperables**

Traducción: Horst Rosenberger

Primera edición: Noviembre 2018

Fuera de colección nº 1

Diseño de cubierta: Tom

irrecuperables@autistici.org

Recomendamos y alentamos la copia y difusión de estos textos salvo para fines comerciales

ÍNDICE	Pág.
Introducción.	5
Violencia paterna.	15
Cómo superar la crisis cultural.	21
Los efectos de la colectividad sobre el individuo.	25
El “psicoanálisis” de Ludwig Rubiner.	31
El psicoanálisis o nosotros los facultativos.	33
Observaciones sobre una nueva ética.	37
La simbólica de la destrucción.	41
Orientación de los intelectuales.	57
Nuevos trabajos preparatorios: sobre la enseñanza.	61
La concepción fundamentalmente comunista de la simbólica del paraíso.	69
Protesta y moral en el inconsciente.	87
Acerca del parlamentarismo.	95
La formación intelectual del revolucionario.	101
Sobre el conflicto y la relación.	111
Carta de Erich Mühsam a Sigmund Freud.	137
Dos cartas de Otto Gross.	141
Epílogo	157
Moldes mentales	157
Psicoanálisis y militancia.	158
La influencia de Otto Gross en el desarrollo de la teoría psicoanalítica y la práctica clínica.	166
La idea de conflicto. Lo propio y lo ajeno.	192
Infancia y educación.	197
Antipatriarcado y comunismo patriarcal.	212
Otros usos del psicoanálisis.	215
Conclusiones.	226
Bibliografía citada.	227

Introducción

Otto Gross nació en 1877 en Tchernovtsy, una ciudad ucraniana que entonces pertenecía al Imperio Austro-Húngaro. Era el hijo único de un padre que ejercía de primer fiscal en aquella ciudad. Al cabo de unos años la familia se trasladó a Graz (Austria), donde el padre se hizo cargo del recién fundado Instituto de Criminalística. Fiel defensor del Imperio y de la escuela de la biología criminal había convertido en el objetivo de su vida el reconocimiento de la novedosa disciplina de la criminalística en tanto que método para perfeccionar la eficiencia en la investigación criminal. Darwinista social convencido, perfeccionó un sistema antropométrico para la identificación de personas, mejoró los sistemas de organización de la policía política, introdujo códigos de registro de sospechosos y destacó con otras medidas orientadas a garantizar y ampliar el poder del Estado. En 1893 publicó su *Manual para el Juez de Instrucción*, que sentó la base de su fama y que, en parte, se sigue utilizando en la actualidad.

Otto Gross creció, pues, en el seno de una familia dominada por un padre autoritario, demiurgo de la obediencia ciega y pedante a más no poder que estaba empeñado en que su hijo siguiera sus pasos. Los primeros años de su juventud éste ratificó tal empecinamiento siendo un alumno ejemplar en el que era inconcebible que tuviera otras notas que no fueran sobresalientes. Aprobado de esta forma el bachillerato, se trasladó a Viena para estudiar medicina. Sus compañeros de estudios lo describieron como una persona tímida, retraída y poco sociable que rehuía tanto el alcohol como las mujeres. Después de aprobar su examen, trabajó algunos años como médico en la marina mercan-

te. Finalizados los años de prácticas, se hace asistente de Freud, que acaba de publicar sus primeros análisis de sueños. Parece que los dos congeniaron bastante bien al principio y Freud le prestó la ayuda necesaria para que pudiera iniciar una carrera docente. Se doctora en Psicopatología en la Universidad de Graz. En 1902 publica *La función cerebral secundaria*, uno de los primeros intentos de sistematización de la psicología, y a la que C.G. Jung dedica un capítulo entero cuando, a finales de los años 1920, elabora su definición de tipos psicológicos. Es el propio C.G. Jung, quien en los años de Graz y a instancias de Freud trató psicológicamente a Otto Gross (ya achacado de síntomas evidentes de adicción a narcóticos como cocaína, opio y morfina a los que se había aficionado en sus tiempos de médico de a bordo), y quien le diagnosticó primero una “neurosis obsesiva” y, después, “dementia praecox”. Gross se sustrajo del tratamiento saltando el muro del hospital.

En 1906, siguiendo los consejos de Freud, se traslada a Múnich para trabajar en la clínica psiquiátrica de Krapelin. En Múnich entra en contacto con la bohemia anarquista que tenía en esta ciudad su centro neurálgico. Los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial y la era revolucionaria posterior se caracterizaron por una parálisis de los movimientos revolucionarios masivos y por una búsqueda intensa de nuevos horizontes por parte de pequeños círculos de militantes. El reformismo moderado que se había impuesto en el Partido Socialdemócrata había dejado uérfanos de una organización de masas a todos aquellos que no querían o no podían renunciar a la utopía de un nuevo mundo. En el otro bando se hallaba el bloque compacto de una alianza compuesta por la oligarquía agraria, industrial y financiera y el estamento militar unidos en la estructura estatal del Imperio. Hombres vetustos, máscaras de hierro

que marcaban las pautas de una cultura que descansaba a nivel micropolítico en el poder dictatorial que ejercían los “jefes de familia”. La industrialización masiva de finales del siglo XIX, las necesidades de una diversificación de conocimientos y habilidades derivada de ella, así como el rápido crecimiento de las ciudades y el consiguiente incremento de la complejidad social dieron como resultado una creciente descomposición de las estructuras establecidas e hicieron aflorar y extenderse nuevas disidencias en la juventud que en muchos casos se expresaban en una búsqueda de otras formas de expresión y de vida. De este modo, en las ciudades del Imperio habían aparecido jóvenes melencólicos y desgarrados que vivían a salto de mata y se pasaban los días en los cafés discutiendo los problemas del mundo y atacando todo lo que les olía a pequeño burgués. Eran los tiempos gloriosos de la bohemia alemana.

En este marco general, los descubrimientos de Freud sobre la importancia del inconsciente y la sexualidad abrían unas posibilidades insospechadas para afrontar la sensación cada vez más generalizada de sufrimiento interior. Al ser una disciplina nueva y por tanto aún no codificada, se prestaba a numerosas interpretaciones y definiciones. Una de ellas fue el intento de Gross de convertirla en el elemento central de la crítica de la cultura dominante. Arropado por su agudeza analítica podía mostrar el Estado patriarcal y la figura del padre autoritario como los principales responsables del propio sufrimiento personal. Su conclusión de que el conflicto entre lo propio y lo ajeno –impuesto por el Estado y la familia– era el origen del conflicto interior, respondía perfectamente a la creciente con una pintora y paciente suya. Tal como explica Raimund Dehmlow en su ensayo *Compañeros*, la convivencia con Sophie Benz no sólo servía para intentar tratarla a ella, sino también para

explorarse y analizarse a sí mismo. Al parecer, Sophie no podía superar el trauma que había sufrido por una violación y se envenenó ante los ojos de Gross. Este suicidio – que ya era el segundo que tuvo que vivir con una paciente– hundió a Gross en una crisis profunda. Además, es acusado de negligencia por lo que se dicta una orden de búsqueda y captura contra él. Se somete a un tratamiento psiquiátrico en Austria, luego huye a Suiza, donde quiere montar una universidad libre, tiene que salir de Suiza por sus actividades anarquistas, le acusan de estar implicado en un caso de contrabando de sacarina, vive los dos años siguientes entre Múnich y Berlín y se instala a principios de 1913 definitivamente en Berlín. Allí vive en casa del escritor, bohemio y corresponsal bursátil Franz Jung que había conocido en Munich y con quien le une una estrecha relación que duraría casi hasta el final de sus días. Jung colabora en la revista semanal *Die Aktion*, crisol de las tendencias expresionistas críticas de aquel momento. Ambos proyectan la edición de *Sigyn*, una revista que “desde la base de la psicología individual quiere exponer los problemas culturales y económicos para preparar de esta manera la gran transmutación social”. La detención de Gross y el comienzo de la Primera Guerra Mundial impiden la realización de este ambicioso proyecto. No obstante, hasta noviembre de ese año Otto Gross publica básicamente en *Die Aktion* el primer gran bloque de trabajos recogidos en esta edición –*Cómo superar la crisis cultural, El “psicoanálisis de Ludwig Rubiner, El psicoanálisis o nosotros los facultativos, Los efectos de la colectividad sobre el individuo, Observaciones sobre una nueva ética*–. En esos años redacta también *Sobre el conflicto y la relación que se publicaría en 1920*.

El 9 de noviembre de 1913, un domingo al mediodía, tres hombres de compleción fuerte llaman a la puerta del

piso del Franz Jung. Sin embargo, esta vez no vienen a buscar a este personaje excéntrico y controvertido que algunos años más tarde se haría famoso como secuestrador de un pesquero que lo llevaría a la Rusia revolucionaria. Esta vez tienen una orden de detención para Otto Gross. Actúan conforme a la orden de búsqueda y captura promovida por su padre, Hans Gross, que sigue viviendo en Graz (Austria) pero cuyas influencias llegan hasta el lejano Berlín. El informe médico que justificaba el ingreso en un hospital psiquiátrico lo había proporcionado otro discípulo destacado de Freud, C.G. Jung. Otto Gross era un enfermo mental incurable y peligroso, rezaba el certificado. Esto bastaba para transportar al detenido, de 36 años, primero a Viena y después a un hospital psiquiátrico en Austria. El 9 de enero es sometido a tutela por locura, la tutela queda asignada, como no, a su padre.

Las reacciones a su detención no se hicieron esperar. Franz Pfemfert, Franz Jung y otros amigos lanzaron una campaña pública para conseguir su liberación. Editaron miles de ejemplares de un número especial de la revista *Die Aktion* y los enviaron de forma selectiva a universidades, bibliotecas, librerías y cafés –es decir, a los lugares de encuentro de la juventud–. Al mismo tiempo consiguieron implicar a publicaciones austríacas en la campaña de liberación, y al cabo de poco tiempo, también una serie de publicaciones “burguesas” se hicieron eco del caso. La campaña estaba centrada en la figura del padre, su intromisión en asuntos internos de Alemania (lo que despertaba el interés de la prensa burguesa) y en el conflicto entre padre e hijo explicado en clave psicológica, una disciplina que en los últimos años se había convertido en una actividad respetable. Al mismo tiempo daba cuenta de la fisura masiva que en los años antes de la Primera Guerra Mundial se había

producido entre los hijos y los padres, el primer conflicto generacional de la modernidad a punto de entrar en su primer cataclismo.

“Es un hecho criminal operar con certificados médicos si dos personas luchan por la pureza de sus vivencias”, afirmaba Franz Jung en la circular. “Estamos dispuestos a intervenir a favor de Hans Gross. Queremos creer en la posibilidad de un entendimiento entre la juventud y la gente mayor... Pero queremos que nos devuelvan a Otto Gross”.

La presión produce pronto sus primeros efectos. Al cabo de poco tiempo lo trasladan a una clínica en Silesia y, finalmente, el padre tiene que rendirse: atribuye todo el asunto a un malentendido y declara que su hijo ingresó voluntariamente en la clínica. Finalmente, el 8 de julio de 1914, Jung puede recoger a Gross que, a pesar de su condición de tutelado, había llegado a ejercer como asistente en la clínica.

Sin embargo, la alegría de su liberación duraría poco, ya que el 1 de agosto estalla la Primera Guerra Mundial. Gross se traslada a Austria para seguir el tratamiento (por su drogodependencia), mientras Jung se presenta como voluntario de guerra. En octubre del mismo año, Gross hace lo mismo. Que dos enemigos tan declarados del orden existente se presentaran voluntarios en la guerra sólo se explica por el hecho –bastante generalizado en los ambientes contraculturales, muy influenciados por Nietzsche– que consideraban la guerra como el acto supremo de la liberación psíquica de una humanidad paralizada por una crisis social insoluble. En el caso de Gross también influiría la posibilidad de independizarse económicamente de su padre. En todo caso, las circunstancias reales en el frente defraudarían pronto estas esperanzas de una catarsis, por lo que muchos se decidieron a desertar.

Gross empieza a trabajar en un hospital en los Cárpatos. En diciembre de 1915 muere su padre sin que este hecho le liberara de su condición de tutelado, ya que su progenitor había tomado las medidas pertinentes para el caso de su fallecimiento. El hijo es destinado a un hospital militar, pero su estado empeora de tal manera que pasa a engrosar la lista de pacientes y se tiene que someter a una nueva cura de desintoxicación. En setiembre de 1917 finalmente le conmutan la tutela por locura, por una tutela parcial. Liberado de este peso viaja con su nueva mujer y el hijo común a Budapest y Praga, donde establece amistad con Franz Kafka sobre el cual ejerce una influencia considerable que, según se desprende de un estudio de Thomas Anz, llega hasta tal punto que su novela *El proceso* podría haberse basado en las circunstancias de la detención de Otto Gross. De hecho, la influencia de Gross se extendió considerablemente por los círculos literarios de su tiempo (sus huellas se rastrean en las primeras novelas de Franz Werfel, y en Leonhard Frank) hasta el punto que algunos autores (Helmut Kreuzer) la equiparan a la de Stefan George, aunque el maldito Gross fue sistemáticamente olvidado por críticos e historiadores.

En 1918 vuelve a Austria. Parece que está implicado en los preparativos de la revolución, ya que pide para sí un “Ministerio para la liquidación de la familia y de la sexualidad burguesas”. Fracasada la revolución en Austria se traslada a Múnich donde intenta conectar con los comunistas consejistas. Decepcionado por el fracaso de la revolución y enfrascado en un autoanálisis demoledor vuelve a refugiarse en la casa de Franz Jung en Berlín. En esta época se publican sus textos más políticos: *La concepción fundamentalmente comunista de la simbólica del paraíso*, *Situación de los intelectuales*, *Acerca del parlamentarismo*, *protesta y*

moral en el inconsciente, Sobre la formación intelectual del revolucionario.

A pesar de la claridad analítica y lógica de sus textos y la esperanza que emana de ellos, Otto Gross se hunde cada vez más. Ya no hay nadie ni nada que tenga un bálsamo para sus heridas abiertas y su sensibilidad desnuda por tantos años de exploración del alma humana. Se ve de nuevo dominado por recuerdos traumáticos de la infancia, por miedos que no es capaz de controlar. Pierde el sentido de las reglas mínimas de convivencia social y se deja consumir por los narcóticos. Cuando finalmente también se rompe la relación con Franz Jung, empieza a deambular por las calles de Berlín en tal estado de abandono que incluso pierde las recetas que aún puede conseguir gracias a los pocos amigos que le quedan, hasta que una noche helada de febrero de 1920 se arrastra hacia un pasillo de una nave industrial en desuso y se deja caer allí. Al cabo de dos días lo encuentran agonizando a causa de desnutrición y de una pulmonía. De esta manera, ni siquiera pudo cumplir su fantasía de superar el trauma causado por su padre mediante un acto revolucionario que perpetraría a los 45 años y en el que mataría a un fiscal o a un presidente de alguno de los jurados que habían condenado a sus amigos, y en el que él mismo moriría.

A pesar de la gran importancia que tuvo para toda una generación de literarios, bohemios y artistas apenas hubo necrológicas. Demasiado atareados estaban sus amigos de antes en los preparativos de una nueva revolución, demasiadas sensibilidades había herido Gross con sus enfoques analíticos en sus relaciones –demasiado grande había sido el sufrimiento que padecía de sí mismo y de la sociedad como para que le importaran las convenciones sociales–. Silenciado por las ciencias psicológicas, no será hasta los

años 60 y 70 del siglo xx –justo cuando una nueva generación de gente joven y no tan joven se había levantado para derrumbar los fundamentos considerados caducos de la sociedad erigida por sus padres– cuando sus enfoques volvieron a cobrar actualidad social. En las convulsiones que llevaron al Mayo 68, y que determinaron el panorama sociocultural de los años 1970, se volvieron a poner sobre el tapete problemáticas como la educación antiautoritaria y libre de represión, la destrucción de la familia patriarcal y la liberación de la mujer.

No obstante, los referentes más importantes para esta generación fueron las obras de Wilhelm Reich¹ y Herbert Marcuse, así como los enfoques pedagógicos de A. S. Neill, Paulo Freiré o Francisco Ferrer. Las manifestaciones más conocidas de la crítica social a partir del sufrimiento psíquico individual fueron los planteamientos antipsiquiátricos de Cooper y Laing en el mundo anglosajón, Guattari en Francia, Basaglia en Italia y la versión radical de la autoorganización de pacientes psiquiátricos en el Colectivo de Pacientes Socialistas (SPK) en Alemania. Los textos de Otto Gross no fueron reeditados hasta finales de los años 1970 y principios de los 1980.

Ya han pasado 80 años de la muerte de este gran seductor, rebelde contra la cubierta de las convenciones que, equipado con el instrumental del analista y a base de una concepción platónica del ser humano, quería unir el psicoanálisis con la crítica cultural y social y liberar las fuerzas interiores para ponerlas al servicio de la revolución. Sin embargo, no es sólo esta actitud del rebelde y su certeza de

1. En el caso concreto de Wilhelm Reich, a quien Franz Jung había calificado de copia directa de Otto Gross, algunos autores se preguntan acerca de la posible relación entre ambos. Sin embargo, en la obra de Reich no hay ninguna referencia a Gross, y no está claro que aquél llegara a conocer sus trabajos.

que la revolución ha de empezar en el interior de cada uno por lo que sus enfoques han conservado una amplia actualidad. La “revolución del 68” ha ocasionado, entre otras cosas, que los paradigmas de la sociedad patriarcal hayan cambiado las formas. Sin embargo, siguen produciendo los mismos estragos, no solamente en la configuración interior de las personas sino, y sobre todo, en un aumento generalizado de la violencia sexista y racista alimentado por un complejo juego de seducción y represión desde las esferas de poder y de sus medios de comunicación. La soledad de los individuos ha alcanzado niveles inéditos, al igual que el número de personas que padecen manifiestamente una u otra enfermedad psíquica o psicósomática, en tanto que expresión de su incapacidad de cumplir con las exigencias de competitividad y de rendimiento planteadas por una estructura social que precisa que la disyuntiva entre la voluntad de poder y la voluntad de relación siga manteniéndose a favor de la primera, por más que se revista de formas de consenso y de cooperación. Quizás hoy día la quintaesencia de este poder no sea tanto el dios Padre sino el dios Dinero que determina y atraviesa cualquier expresión vital para arrastrarla en su vorágine devastadora.

HORST ROSENBERGER

Fuentes:

La autobiografía de Franz Jung: *Der Weg nach unten*, Edition Nautilus, Hamburgo.

El ensayo *Compañeros* de Raimund Dehmlow, y otros estudios reproducidos en la página web de la “Sociedad internacional de Otto Gross” que desde 1999 viene celebrando anualmente congresos internacionales sobre la obra y significación de Otto Gross.

Violencia paterna

Estimado Sr. Harden, le ruego que permita la publicación de un caso que, a mi entender, ilustra una peligrosa tendencia general.

El ocho de septiembre, el escultor muniqués Hermann Lang ingresó a su hija Elisabeth, de 19 años, en el Hospital Psiquiátrico de Tubingen. Desde hace más de un año he tenido a Elisabeth Lang varias veces en tratamiento neurológico, por tanto sé la importancia que tiene su familia en su estado y su evolución. No se trata en absoluto de una enferma mental que tenga que estar recluida en un hospital psiquiátrico; mas ahora existe el peligro de una alteración psíquica especialmente grave, causada por el choque de privación de libertad.

El motivo que me obliga a dirigirme a la opinión pública es mi certeza de que el origen y la importancia de casos de este tipo sólo se podrán comprender y controlar aplicando el novedoso método analítico elaborado por el profesor Sigmund Freud que, por otra parte, la mayoría de mis colegas siguen desconociendo. Los métodos tradicionales de reconocimiento psiquiátrico no pueden demostrar la decisiva relación entre los distintos estados psicológicos de Elisabeth Lang y la opresión constante a la que estaba sometida por su familia siendo menor de edad, de forma tan desprotegida que ahora no se puede responder a su resistencia con el ingreso en un manicomio.

Cabe señalar aquí que el método de Freud consiste en hacer conscientes factores psíquicos relegados al inconsciente y recuperar de esta manera la armonía perturbada de la psique humana. El método de Freud permite el desbloqueo de asociaciones que se pueden atribuir a experiencias afectivas sufridas básicamente en la infancia, es decir,

que se pueden atribuir especialmente al tipo de momentos afectivos que tienen carácter de conflictos psíquicos. Los elementos de los conflictos reprimidos y, por tanto, perturbadores pierden su efecto enfermante cuando el paciente tenga conciencia de ellos; a partir de ahí, él mismo puede ponerlos en sintonía con su personalidad y con las motivaciones que la integran. La toma de conciencia de los motivos del conflicto depara la posibilidad de una autocorrección. El verdadero origen de los conflictos enfermantos reprimidos es la contradicción que se produce en la infancia entre las tendencias innatas de desarrollo individual y las tendencias moduladoras externas, instituidas por la educación.

Sólo la exploración del inconsciente mediante la técnica de Freud permite dar una idea sobre la psicología de los conflictos de la infancia y la ingente importancia patológica de las sugerencias educativas como causa de una neurosis represiva. Son precisamente los individuos mentalmente más fuertes y más resistentes contra la influencia sugestiva en los que la lucha interiorizada de lo propio contra lo ajeno lleva a una desintegración más intensa que se manifiesta en alteraciones especialmente fuertes de la armonía y del equilibrio interiores. Precisamente, para este tipo de individuos la terapia psicoanalítica ofrece la única posibilidad de curación. Porque cualquier imposición por parte de un carácter y una voluntad ajenos actúa sobre el conflicto patógeno en el mismo sentido que antes lo ha hecho la educación: donde el momento de la individualidad haya podido mantenerse a lo largo de la infancia ya no podrá ser eliminado por ninguna fuerza externa. Mantendrá una oposición inexpugnable frente a todas las sugerencias que, en estos casos, o no surgen efecto o intensifican hasta niveles peligrosos las tensiones patógenas interiores. Frente a

ello el procedimiento inductivo del “psicoanálisis”, el poner al descubierto de forma meramente empírica el material psíquico detectado en el inconsciente del individuo, lleva a integrar una personalidad armónica que se comprende cabalmente en una continuidad psíquica, y comporta su liberación de los motivos ajenos causantes de los conflictos. Sin embargo, este hecho implica la anulación de los resultados de la educación en aras de la autorregulación individual. La consolidación de los valores individuales significa la curación. Quiero añadir que para mí el propio criterio de “salud” es algo relativo que sólo puede determinarse para cada individuo concreto, de acuerdo con su idiosincrasia individual preformada.

Son especialmente los individuos de una singularidad indestructible, que desde la tierna infancia se muestran inaccesibles a las sugerencias externas y cuyo ser íntimo nunca se deja modificar por una influencia externa, los que pueden desarrollar un tipo determinado de neurosis. Toda la evolución psíquica de estas naturalezas tiene una determinación típica; puesto que la educación nunca llega a suprimir su individualidad y a suplantarla por elementos ajenos, todas las motivaciones introducidas desde el exterior se hallan en un contraste permanente con los propios, de modo que nunca pierden el carácter de cuerpos psíquicos ajenos, por eso actúan como causantes de conflictos. Y puesto que cualquier nueva influencia de la educación aumenta estos conflictos, es decir, aumenta el desgarramiento interior, se produce inevitablemente un estado permanente de rechazo que se expresa de forma diferente en función de las tendencias individuales, pero que en cada caso se manifiesta en una radical resistencia afectiva del niño contra sus padres. Entonces, el conflicto exterior viene a potenciar el interior: de esta manera el desarrollo del niño se realiza en un círcu-

lo vicioso dentro del cual se producen inevitablemente una serie de escisiones interiores de graves consecuencias.

Elisabeth Lang es una personalidad extraordinariamente dotada de una idiosincrasia muy marcada. Su infancia estaba determinada por un contraste especialmente grave entre el ambiente paterno y su tendencia individual, en el que el empecinamiento rígido de sus padres venía a ocasionar conflictos especialmente profundos. Estos conflictos son los únicos causantes de su alteración nerviosa y cualquier futura incidencia del entorno paterno minará su salud.

Elisabeth Lang me visitó a mediados del año pasado con síntomas de una grave neurosis conflictiva. Después de un análisis provisional, su estado mejoró hasta tal punto que se podía prospectar un aumento progresivo de su autocuración siempre y cuando no incidieran influencias negativas del entorno. Tuvimos que interrumpir el análisis porque Elisabeth Lang abandonó a su familia y tuvo que salir de Múnich. Los meses siguientes, los primeros en que vivía sola, parecen haber respondido a las expectativas, a pesar de ciertas dificultades materiales. Al final del año pasado, la familia mandó arrestar a Elisabeth Lang para llevarla de nuevo al seno familiar. La vi el día después de su llegada y pude constatar su buen estado de salud. Al mismo tiempo conocí a su familia. Durante varios días intenté en vano conseguir un mínimo de comprensión de las condiciones especiales y los peligros que comportaba un caso como el suyo. A continuación, los padres llevaron a Elisabeth a un colega muniqués y le prohibieron seguir el tratamiento conmigo. Puesto que su estado volvió a empeorar enseguida, al estar en el viejo ambiente familiar, Elisabeth acudía de vez en cuando a mí sin que sus padres lo supieran. También en esa ocasión tuvimos que interrumpir el tratamiento al cabo de cierto tiempo porque sus padres la

llevaron lejos de Múnich. En verano me escribió desde un sanatorio suizo y me volvía a brindar la oportunidad de compartir unas horas con ella para concluir, al menos, lo más perentorio de su análisis. Después de nuestro último encuentro, me hizo llegar una nota diciendo que nos habían visto juntos. Al cabo de unos días, su padre vino a buscarla al sanatorio y la ingresó en el hospital psiquiátrico de Tubingen. Desde el principio, Elisabeth Lang había puesto toda su confianza en la terapia psicoanalítica. Con todas las medidas coactivas disponibles le fue impedido acudir al médico que la había ayudado y en quien confiaba. Fue forzada a interrumpir varias veces la continuidad del tratamiento y a exponerse a los efectos nocivos de unos análisis inconclusos; yo me vi obligado a ayudarla en secreto para que no sufriera dicho daño. En la fase más delicada de las transformaciones psíquicas provocadas por el análisis fue sometida al gravísimo choque de la privación continuada de libertad y a la reclusión en una clínica psiquiátrica, a pesar de que –y no obstante todas estas medidas adversas– su estado psíquico había mejorado clara y constantemente desde el inicio del tratamiento psicoanalítico. Resulta que el motivo de este inconcebible abuso de la patria potestad (que conozco perfectamente por mis largas conversaciones con la madre), no es otro que la falta absoluta de comprensión de la existencia y las necesidades de desarrollo de la idiosincrasia individual.

La importancia que representa este caso, y por tanto su especial interés para la colectividad, radica en la demostración de las inconcebibles posibilidades que la sociedad otorga a la patria potestad frente a los menores de edad.

Dr. Otto Gross,
Docente de Psicopatología de la Universidad de Graz
(1908)

Los efectos de la colectividad sobre el individuo

El domingo, 9 de noviembre, el famoso científico doctor Otto Gross recibió en su piso de Wilmersdorf (Berlín) la visita de tres hombres corpulentos que, presuntamente, se habían identificado como policías judiciales y que le retuvieron contra su voluntad. Los colaboradores de DIE AKTION a los que había encargado la retirada de unos manuscritos no pudieron hablar con el "prisionero". Por la noche sacaron a Gross (que estaba redactando su nuevo libro científico) de su piso para llevarlo seguramente a un manicomio austríaco. El asunto será tratado en el Reichstag. F. Pfemfert

Para plantear esta cuestión, primero tenemos que remitirnos a los enfoques y descubrimientos del pensador a quien debemos el desarrollo más fructífero de la investigación biológica aplicada a los hechos sociales: Friedrich Nietzsche. Entre los descubrimientos impercederos de Nietzsche figura la revelación del efecto patógeno de la sociedad sobre el individuo. Gracias a él sabemos que, especialmente en los individuos más sanos, residen tendencias expansivas que son objeto de las tendencias represivas de la colectividad. Este conflicto, cuyas leyes fueron estudiadas en el contexto de su necesidad histórica, resulta patógeno en dos sentidos. Nietzsche mismo analizó el primero a fondo y fundamentó a partir de ese análisis la disciplina de la sociología biológica: demostró que ese conflicto lleva precisamente a la eliminación de los individuos más sanos y fuertes –dotados de las mayores tendencias expansivas– a causa de las represalias por parte de la colectividad, produciéndose una selección negativa y, con ella, una decadencia de la raza y un aumento progresivo de la degenera-

ción hereditaria. El otro efecto patógeno es el daño directo que sufre el individuo aislado por el trauma psíquico del conflicto. Sobre este problema Nietzsche ha aportado una fuente inagotable de reflexiones que tienen una importancia inestimable para la psicología individual y social. Sin embargo, para poder descubrir la importancia de esta cuestión para la patología se precisaba otro descubrimiento: el descubrimiento del efecto propiamente patógeno de los afectos reprimidos. Por eso me atrevo a afirmar que las investigaciones realizadas por Freud en estos campos son la continuidad directa de las investigaciones de Nietzsche.

El conflicto entre el individuo y la colectividad, inscrito en la naturaleza de las cosas, se transforma, bajo la presión de la vida en sociedad, y por la misma necesidad natural, en un conflicto dentro del propio individuo ya que este empieza a sentirse a sí mismo como el representante de la colectividad. Es, en efecto, este conflicto interior lo que actúa de forma patógena. Por eso nos planteamos la pregunta: ¿Cuáles son los factores ideales típicos que provocan que el individuo entre en conflicto consigo mismo?

En primer lugar, es en el inmenso campo de la sexualidad donde los factores ideales adquieren una dimensión patógena particularmente importante. Evidentemente, esta circunstancia es especialmente cierta en el caso de la mujer, ya que sufre muchas más contra-sugestiones en el ámbito sexual que el hombre. De ahí se comprende que la propensión específica de las mujeres a la histeria no se deba a una predisposición de su sexo, sino al contenido de las ideas generales sobre la moral sexual.

Se puede decir que la morbilidad psíquica, la deformación patológica de la personalidad, tal como se nos presenta en la forma del carácter histérico y en otras depravaciones patológicas, más sutiles y menos evidentes que todas estas

psicopatías específicamente femeninas tan extendidas, pueden atribuirse a ese conflicto sexual estereotipado. El desarrollo psicológico de la mujer viene determinado por la imposibilidad de establecer una unidad global y general de los procesos interiores, una continuidad sin fisuras de la vivencia psíquica. Porque las sugerencias que integran desde la infancia el ambiente ético de la mujer, el contenido del conjunto de valores dominantes, son incompatibles con sus impulsos y emociones más profundos y más intensos. Toda la fuerza plástica de la vida interior se aplica bien en reprimir completamente los impulsos sexuales, bien en darles una forma y una interpretación admisible para la conciencia. Y este proceso de modulación consiste básicamente en una represión. Los deseos sexuales, en su verdadera esencia, no aparecen nunca bajo la forma de las tendencias exclusivamente monógamas y familiares que son admitidas por la conciencia. Y todo lo que se ha reprimido en este proceso y lo que se sigue reprimiendo produce al final el vasto campo de una vida interior asediada por los afectos más intensos que, al mismo tiempo, se sustrae a la continuidad de la conciencia y a una síntesis coherente de los procesos psíquicos interiores. Y este terreno excluido de la cohesión interior de la personalidad, da lugar a rasgos extraños e incomprensibles, a instintos perversos y anormales en el interior de la personalidad. Dicho de forma más precisa: la energía acumulada del material reprimido se introduce en la vida psíquica consciente a través de vías predeterminadas por relaciones asociativas sobre las que la personalidad y sus valores y sensaciones no ejercen ningún control. Allí, esta energía se traduce en efectos modificadores, excitantes o inhibidores; anula o debilita ciertos componentes y refuerza otros, confiere una intensidad inexplicable a impulsos paradjicos, extraños y malos, modifica el carácter y le imprime

rasgos que traicionan su origen en el inconsciente por una existencia autónoma de motivación, a menudo, misteriosa, y por cierta analogía de contenido con los complejos reprimidos. El elemento característico que se vuelve a encontrar siempre en las formas más diversas en estos caracteres femeninos devenidos mórbidos es esa inclinación bien conocida, aunque típicamente compulsiva, por lo prohibido, por todo lo que repulsa los propios valores dominantes y por lo que se encuentra en oposición a los propios instintos básicos. Se trata de un rasgo característico –sistemático y constante, que en su esencia siempre se repite– independientemente de si el sujeto aún siente lo ajeno y opuesto de estos impulsos o si toda la personalidad se ha dejado impregnar por ellos. La compulsión patológica hacia lo prohibido actúa como un elemento constitutivo que deforma y degenera el carácter. La encontramos en forma de crueldad o de tendencia masoquista, como un impulso voraz de búsqueda continua de algo nuevo y de una necesidad de cambio constante, de gusto acrítico por lo estrafalario y como bloqueo inexplicable e insuperable de los sentimientos. Se interpone ante cada acto funcional, ante cualquier sentimiento natural y positivo, ante cualquier inclinación justificable y convencional. Y siempre refleja la imagen del conflicto patológico original entre el deseo sexual y su rechazo por parte de la voluntad.

Pongamos un ejemplo sencillo. La típica tendencia ideógena de una cantidad insospechada de mujeres de afearse, una tendencia que el médico sólo nota muy raramente y que casi nunca reconoce como algo patológico, pero que casi siempre tiene un significado trágico para ellas. Detrás de esta tendencia se esconde una propensión hacia lo prohibido que data de la infancia y que se ha anclado en el inconsciente donde se ha mantenido intacto como parte del instinto de lo prohibido.

Mientras que el conflicto patógeno de la vida sexual afecta especialmente al género femenino, su equivalente para el sexo masculino se halla en el terreno de los instintos de lucha o de las compulsiones agresivas. Sabemos que se trata del instinto básico específicamente masculino, e igual que en los impulsos sexuales de las mujeres, todo el peso de las tendencias morales opuestas pesa sobre los instintos agresivos del hombre. La única diferencia reside en la cantidad y, sobre todo, en el grado de interiorización de esas tendencias opuestas. El deseo agresivo, la concepción interior y consciente del pensamiento agresivo, no están totalmente ni directamente sometidos a la censura. Dicho en otras palabras: el hombre tiene más posibilidades de sostener la lucha contra este conflicto interior hasta el final. Cuando más se restringe también esa posibilidad tanto más patógeno deviene el conflicto. Esto será más cierto en la medida en que estas tendencias opuestas aumenten en intensidad y amplitud. La magnitud de estas tendencias opuestas es muy variable, cambiante en lugar y tiempo, pero por lo general se encuentra en rápida expansión. De acuerdo con Nietzsche, la aspiración dominante apunta a que en algún lugar y en algún momento ya no habrá nada que temer. El camino hacia esta meta se llama hoy en Europa "progreso". Si este axioma es cierto, si el miedo interior a lo peligroso, a lo repentino y a lo agresivo realmente se ha convertido en un factor decisivo, el conflicto interior se convertirá en una fuente cada vez mayor de desdoblamiento neurótico de la personalidad. Schopenhauer fue el primero, pero ni mucho menos el único, que explicó que en los helenos un acto de agresividad, por ejemplo un maltrato físico, no deshonoraba al atacado sino al atacante. Si realmente era cierto, tal inversión y deformación de los instintos suponía la existencia de un conjunto de procesos

de represión comparable con las tendencias sexuales actuales. Sin embargo, llama la atención que la poesía helénica gira esencialmente en torno a las emociones de la agresión, al igual que gran parte de nuestras emociones sexuales. En ambos casos, el arte se basaría en la tendencia a posibilitar el “desahogo” de los instintos más reprimidos de su época.

Resulta fácil reconstruir en qué sentido el conflicto interior con tendencias agresivas ejercerá una influencia más o menos patológica sobre el carácter. De nuevo encontraríamos en los síntomas el reflejo de su procedencia, y esta condición previa se cumple en el cuadro clínico de la angustia neuropatológica, quiero decir, en la cobardía patológica. Se sabe su frecuencia y se sabe cómo se configura y cómo se puede convertir en la base de una desconfianza enfermiza y en una concepción del mundo deformada, de acuerdo con esa desconfianza.

La conexión asociativa de estos rasgos del carácter con el conflicto patógeno es fácil de reconstruir; su elemento común tiene más o menos el contenido siguiente: “No debo o no puedo atacar, no puedo vengarme ni defenderme”.

(1913)

Protesta y moral en el inconsciente

Si alguien mata a Caín, será vengado siete veces”, dice la Biblia. Estas palabras sólo pueden significar una cosa: la vida de Caín equivale a la de siete personas. Por su acción: aunque al poner el acento en lo absurdo y primitivo de la acción, que difícilmente constituyó el motivo consciente de su autor, sólo resalta su efecto destructor. Porque este acto es el nacimiento de la protesta revolucionaria. De esta manera entró en el mundo desvalorizado el único bien, y no como en la tradición griega en forma de esperanza eterna, sino en forma de descontento eterno. Y detrás de este acto malvado y aparentemente absurdo que emerge de la oscuridad del inconsciente con una espontaneidad misteriosa, aparece como verdad profunda el momento eterno del bien indestructible e irrenunciable.

La psicología del inconsciente nos está descubriendo el terreno de los valores escondidos inscritos en las predisposiciones innatas y reprimidos en el nivel de la conciencia por la presión psíquica de la educación y de las demás sugerencias autoritarias. A partir de ahora, esos valores se pueden llevar metódicamente a la conciencia por lo que permiten oponer a las normas actuales y sus efectos una imagen auténtica del ser humano y de sus posibilidades reales, así como de sus propios valores innatos y de su determinación primaria, restablecidos conforme a sus propias disposiciones. De esta manera, la psicología del inconsciente nos proporciona el primer substrato para poder plantear el problema del valor de los valores –el problema inicial del pensamiento revolucionario–. La exigencia revolucionaria como resultado de la psicología del inconsciente deviene absoluta en cuanto se demuestra que la represión

de los valores inscritos en las disposiciones innatas significa el sacrificio de las posibilidades humanas más elevadas.

Esta es la razón por la que la escuela psicoanalítica y su gran descubridor S. Freud se pararon ante esta evidencia. Nadie puede con sus propias fuerzas, avanzando solo por los caminos abiertos al conocimiento, franquear las barreras elevadas en torno a un principio indisociablemente ligado a lo que uno considera su personalidad. Los límites del psicoanálisis clásico han sido trazados precisamente por los descubrimientos que ponen en duda toda autoridad tradicional y que sacuden la base de la existencia de aquellos que se encuentran a sus anchas en la autoridad del orden existente. De esta manera, su gran obra exploradora acaba con la revelación de una capa que recubre en el inconsciente los elementos psíquicos más profundamente reprimidos y los valores individuales innatos, una capa cuyo contenido descubre una perversidad ubicua de los instintos y de los sentimientos en el análisis empírico. Este aspecto desagradable de las motivaciones del inconsciente parecía dar la razón al principio autoritario existente, a la represión de lo individual y a las normas vigentes. Por eso el enfoque psicoterapéutico de la psicología clásica se podía limitar a dar cuenta de la negatividad de los impulsos revelados y a corregirlos y reprimirlos de acuerdo con las normas dominantes del inconsciente...

Sin embargo, nosotros afirmamos que una psicología rigurosa del inconsciente conduce como resultado más profundo de su investigación a lo contrario: pensamos que las deformaciones y humillaciones espantosas de la vida instintiva y sentimental que, acumuladas detrás de las fronteras de la conciencia, ejercen un efecto devastador sobre todos los procesos psíquicos, son los últimos desvaríos desesperados de una vida interior alienada de sí misma

por las coacciones y seducciones exteriores, y cuyo estado viene determinado por la represión de las fuerzas que orientan su personalidad individual y sus valores innatos. Para nosotros, detrás de cada malestar interior se asoma la incompatibilidad entre las motivaciones innatas y propias del individuo y las motivaciones sugeridas desde el exterior. Nos parece lógico suponer una armonía necesaria de todas las disposiciones innatas; nos parece absurdo no reconocer en la configuración de las disposiciones innatas, en ellas mismas, la armonía y las condiciones necesarias para un funcionamiento armónico. Partimos de la funcionalidad de los impulsos innatos, no tan sólo en el sentido de su funcionalidad individual sino, y sobre todo, en el sentido de su funcionalidad social. La predisposición soberana –tanto la social como la ética– que ahora, y gracias a la metodología de la psicología del inconsciente, podemos liberar de la represión interior nos es conocida desde los descubrimientos de P. Kropotkin. Se trata del “instinto de la ayuda mutua” que Kropotkin, a partir de comparaciones biológicas, ha formulado como primer fundamento para una **ética auténtica**, una disciplina al mismo tiempo normativa y fundada en la genética.

Ahora estamos en condiciones de llegar, gracias a un análisis técnico de nuestra nueva hipótesis sobre las predisposiciones éticas reprimidas por la existencia, hasta los valores de la misma predisposición y establecer un principio específico de trabajo psicoanalítico. De esta manera, se ha podido atribuir el fenómeno hasta ahora tan enigmático de la indestructibilidad o, mejor dicho, de la irrenunciabilidad, de síntomas neuróticos elementales en el vínculo de cualquier síntoma aislado –por espantoso, feo o grotesco que fuera–, a una motivación inicial muy profunda que siempre pertenece a un bien irrenunciable, por lo que no

se puede abandonar. Sólo liberando esa motivación de sus asociaciones fijas y haciendo posible su funcionamiento de forma autónoma dentro del libre uso de la conciencia, desaparecerá el síntoma aislado en el que hasta ese momento aquella motivación se había expresado de forma convulsiva, deformada y paradójica. Así, la actitud masoquista de numerosas mujeres puede desaparecer mediante la toma de conciencia del anhelo reprimido de maternidad; el auto-aislamiento nihilista se puede romper relevando su función defensiva condicionada por elementos morales. De esta manera, se solucionan numerosos casos del sabotaje enfermizo perpetrado contra uno mismo o contra los demás, mediante la liberación de un impulso hacia la protesta revolucionaria y mediante la proyección a nivel moral y situacional tanto del instinto de la protección de propia naturaleza psíquica, como del instinto de ayuda mutua.

Es decir, la metodología de la psicología del inconsciente nos permite liberar una cantidad prácticamente inconmensurable de fuerzas interiores positivas –una posibilidad completamente inédita para el ser humano–. De modo que nos podemos preparar –equipados con una nueva esperanza y un nuevo sentimiento de nuestro deber– para la crisis que tendremos que atravesar y que hasta ahora ha llevado a la catástrofe a toda cultura con semejante estado de maduración de sus condiciones materiales.

En un determinado estado de su evolución, toda cultura se halla ante el dilema de transformarse o desaparecer: esto ocurre también con la plena maduración de la cultura urbana. El predominio de la ciudad en el terreno de la civilización se basa en una serie de condiciones. La vida civilizada es la superación del largo periodo en el cual el terruño significaba para el ser humano la unidad elemental de trabajo y, por tanto, la forma fundamental de la vida colectiva:

la unión económica hombre-mujer-niños y el matrimonio patriarcal en tanto que agrupación primaria adaptada a la agricultura.

La transición a la vida urbana acaba con el vínculo y la adaptación de todos los elementos centrales a la tierra y su cultivo. Con esta liberación del terruño se inicia un nuevo despertar de la vitalidad expansiva –al igual que antes del apego al terruño–.

Esta innovación estimulante de la vida interior moviliza una ingente cantidad de fuerzas creativas y convierte estas épocas, albores de una decisión fundamental, al mismo tiempo en épocas álgidas de innovaciones caóticas y desbordantes.

Es siempre en este estado de evolución cuando en todas las culturas se produce la catástrofe de la moral sexual. El imparable proceso de disgregación en el ámbito de la moral revela el anacronismo de la familia patriarcal. Todavía defendible en la época dominada por la agricultura en tanto que forma de organización de la economía campesina –una vez concluido el momento de la separación del terruño–, resulta igual de ajena al ser humano de la nueva época, como lo fue para el ser humano de los tiempos primitivos.

La familia patriarcal, una vez separada de la tierra, pierde el valor económico de una relativa adaptación –lo único que hasta este momento había reprimido el carácter intolerable de esta relación coactiva– y se convierte en una pesada carga para el individuo también en el nivel económico; sólo mantiene la cualidad de cumplir con el imperativo legal del sustento de cada niño. La protesta humana contra la presión devenida absurda que ya no hace otra cosa que limitar y deformar al individuo, sólo podrá reprimirse a costa de un aumento de la carga de conflictos. Y crece la disonancia entre una nueva interioridad y una

tradición cada vez más insostenible. Los esfuerzos característicos de supercompensación que en tales tiempos se imponen como “moralismo”, no son sino vanas tentativas de suplantar o complementar las motivaciones anacrónicas de las viejas normas y de recuperar el viejo poder mediante una propaganda indefectiblemente desprovista de contenido. Pero el peso que hace caer sobre la vida privada –y hasta intrusiones más serias a las que suele tender el moralismo– fomenta el desarrollo y la incidencia de un fenómeno antagonista incomparablemente más importante y determinante en esos periodos: el inmoralismo fundamental. El inmoralismo es la expresión del desconcierto profundo y latente que reina en tiempos críticos y confunde la moral existente, ya en sus orígenes extremadamente relativa y ahora completamente anacrónica, con la noción y la posibilidad de valores y normas éticos como tales. Tanto el inmoralismo como el moralismo nacen de un desconocimiento del signo de los tiempos. Ya que la “corrupción moral” responde a la necesidad de desarrollar una nueva norma que sustituya a la vieja.

Estas son las características de la fase que hemos de atravesar –la misma que tuvo que pasar cualquier cultura, sorprendida por la crisis y la catástrofe–. Hasta ahora nunca se ha podido cumplir la exigencia decisiva del momento: la exigencia de crear y realizar de forma productiva algo completamente nuevo, una nueva institución y nuevos valores, esta vez en mayor concordancia con la psique humana, una nueva solución al persistente problema de asegurar a la mujer la posibilidad económica que le permite asumir la maternidad. Este es el único y verdadero contenido social y ético de la cuestión –la primera y principal cuestión de la sociedad–. Si en estos tiempos decisivos se consigue plantear de forma consciente y clara, el postulado de la res-

puesta se impondrá por sí mismo: la sociedad tiene que estar obligada a prestar la cobertura económica de la función materna. De esta manera se cumpliría la ley de que todas las grandes transformaciones retoman sus formas iniciales a un nivel superior y dentro de un orden superior. El abandono del terruño hace que las formas de vivencia y exigencia, la aprensión interior del mundo, del prójimo y del propio yo, las exigencias hacia la sociedad y sus fuerzas motrices, hacia las instituciones y los valores, vuelvan a la libertad de los tiempos primitivos, pero lo hacen a un nivel superior de diferenciación determinado por el sufrimiento eterno y empujado por la fuerza redoblada de la contestación revolucionaria.

Así es como la época misma proporciona inconmensurables fuerzas interiores que, bajo formas espirituales o destructivas, deseo y rabia, empujan caóticamente la evolución hacia la transformación o el ocaso. La mayor parte de esta fuerza se desgasta en el conflicto interior con las normas dominantes y se acumula en el inconsciente; hoy estamos en disposición de aprovechar de forma selectiva todo lo que se encuentre en el dominio de lo reprimido, tanto los valores innatos y eternos, como las fuerzas renovadoras del tiempo de transición. Somos los primeros que finalmente podemos cumplir con esa esperanza y ese deber ancestrales; se trata de una tarea que exige un esfuerzo sin límites y un trabajo detallado con mucho cariño. Sobre todo, debe disponer de un espacio soberano en la enseñanza y en la educación para que podamos encontrar el camino hacia el alma del ser humano. Y esta tarea tiene que llevarse a cabo en todas partes sin restricciones, asumiendo todas sus consecuencias y con la plena conciencia de la oposición absolutamente insalvable a todo y a todos los que en la actualidad obstruyen el camino de la realización

OTTO GROSS

de la humanidad, sea en forma de autoridad e institución,
sea en forma de poder y costumbre.

(1919)

AGRADECIMIENTOS: esta edición se basa en la selección de textos realizada por Franz Jung con ocasión de la campaña de liberación de Otto Gross, así como en la selección realizada por Edition Nautilus para su libro *Von geschlechtlicher Not zur sozialen Katastrophe*. Además, agradecemos a la Otto-Gross-Gesellschaft su colaboración en la presente obra, así como su cesión por parte de Alikornio Editores. En la página web de esta asociación (www.ottogross.org) se encuentra abundante información sobre este autor y sobre los simposios internacionales que se celebran anualmente en torno a la actualidad del pensamiento de Otto Gross. Asimismo agradecemos al colectivo Etcétera por la significativa carta de Erich Mühsam a Sigmund Freud sobre el caso Gross. Por último, hemos incluido dos cartas inéditas de Gross, a modo de cierre de sus escritos, por lo reveladoras que son y el hecho de aportar otra forma de escribir, más personal. Se habían publicado en un texto de José María Pérez Gay inserto en su libro, *La profecía de la memoria. Ensayos alemanes* (México, Editorial Cal y Arena, 2011).



La presente edición de *Más allá del diván. Apuntes sobre la psicopatología de la civilización burguesa* de OTTO GROSS se terminó de imprimir en noviembre de 2018

✍